

## PRÓLOGO

---

Lo conocí en 1904 y bien pronto nos unió una amistad nunca desmentida.

De aquellos días de juventud, tal vez no transcurrió uno sin que me hablara de los suyos y de su tierra; por sobre todas las personas y cosas, de su madre, doña Virginia Cortés, quien había concentrado en su hijo la solicitud de una maternidad herida por la muerte temprana de dos hijas. Cuando años más tarde le fuí presentado, pude advertir que guardaba aún rasgos de una pretérita gracia morena. De fe vivísima, casi combativa, deleitaba su trato porque poseía un ingenio agudo y amaba la poesía. Esposa perfecta, madre apasionada, virtuosa mujer cristiana y católica, de voluntad sin desmayos y de rara inteligencia: tal la evocaba su hijo y tal la conocí.

Hacía contraste con su enérgica feminidad la figura del padre del poeta, don Juan José Mondaca. Suave de maneras, casi tímido, de escasas palabras, guardaba bajo apariencias de reservada cortesía, una emotividad exquisita; pero se le adivinaba deseo de no llamar la atención.

En Vicuña, pueblo del valle del río Coquimbo, en donde el poeta nació el 29 de Noviembre de 1881, la familia vivía con holgura. Un golpe de mala fortuna en especulaciones mineras la hundió en la pobreza. El niño creció, pues, en medio de las privaciones del modesto hogar provinciano, de aspiraciones limitadas, de contadas alegrías; pero rico de paz interior y de cristiana conformidad.

Siete años contaba el hijo cuando los padres se trasladaron con él a La Serena, para atender a su educación en el Seminario de dicha ciudad. Hizo en él sus Humanidades, y ya en el 2.º año empezó a despertar su temperamento de literato que hasta el 6.º año guiaron sabiamente sus maestros, nutriéndolo de clasicismo: en 5.º año de Humanidades comenzó a saborear los clásicos latinos y aún tradujo en verso algunos trozos de Horacio, y durante las vacaciones, logró conseguir las llaves de la Biblioteca y devoró toda la colección de Rivadeneyra. Por lo demás, se deleitaba también con las obras de los románticos, singularmente Chateaubriand y Lamartine, y con cuanto libro de versos caía en sus manos.

Sufrió por ese entonces, en plena adolescencia, su primera crisis espiritual, que fué mística. Su fe innata, afiebrada por la necesidad imperiosa de amar propia de su edad, y avivada por el fervor de la vida del Seminario, lo hizo creerse llamado al sacerdocio. Después de un año de interno, vistiendo la sotana, perdió la vocación; no así la fe, sentimiento perdurable a través de todos sus días, que da a toda su producción poética un acento personalísimo.

A los 19 años el joven se trasladaba a Santiago. Estudiaría Leyes. Dejaba en su tierra a los padres y todo un pasado cuyo recuerdo, teñido de suave tristeza, había de seguirle por muchos años. Los estudiantes provincianos han sufrido todos

ese dulce mal de la tierra natal, del que apenas se sana con el lento variar del tiempo. Escaso de recursos y de relaciones, vivió durante dos o tres años casi completamente aislado en la capital, cuya vida tumultuosa destemplaba sus nervios de estudioso. No descuidaba por su carrera las bellas letras; y como aquella era larga y el dinero no abundaba, decidió un buen día seguir la del profesorado de Castellano. Tiempo habría después para continuar con las Leyes.

Por esos días le conocí: pequeño, la tez cetrina, renegrado y levemente rizado el cabello, la frente alta, la nariz respingada, delgados los labios, los ojos negros y de suave mirar, en la mano fina y morena el eterno cigarrillo; el conjunto daba una simpática impresión de fealdad inteligente. Ya trabajaba en la Universidad, adonde lo llevara el poeta don Samuel Lillo, de inagotable benevolencia para todos los literatos principiantes de ayer y de hoy. Vivía en la calle de Chiloé; de casas bajas, techos de tejas, sombreados por altas y frondosas encinas y leve musgo entre las piedras del pavimento, era toda una buena y vieja calle de provincia. «Sus casas blancas tienen un aire de pureza,—un aire humilde y bueno que reconforta y pesa—tan blandamente... Y en estas calles buenas,—maternalmente buenas, ni recuerdo que hay penas—y cuando en las entrañas traigo el horror del Centro,—parece que estas calles me salen al encuentro!...».

Hicimos muchas veces juntos el camino, desde el Centro, cuya visión le era dolorosa por su misma intensidad. «Aquí, cuando la noche ya se escombra,—guarda el negro tesoro de su sombra.— Y en cada corazón y en cada vida—la fiera de la noche halla guarida.— Por aquí van en triunfo las mujeres—como una procesión rumbo a Citeres...— Y los hombres en pos, torvos, ceñudos,—la caravana de los pies desnudos.— Por aquí sin

estrella y sobre el lodo,—vamos todos llorando el largo exodo,— con sed de azul, con hambre de infinito,—en este foso lóbrego y maldito».

Para templar la acritud casi trágica de sus impresiones de Santiago, Mondaca me hablaba de su tierra. Conservaba vívida la visión de la naturaleza del Norte, de su paisaje intenso y pobre a la vez, con sus cerros amarillentos y azulencos, la tierra negruzca que el hilo del río borda de verdes en el estrecho valle; la ciudad, rebaño de casas dormidas alrededor de las torres de los templos, bajo el Sol reverberante. Y olvidando el deslumbramiento doloroso de la ciudad, («Atrajo la ciudad mi tardo paso,—bajo el dolor sangriento del ocaso.— Entonces se abrazaron mis arterias—y me helaron los huesos sus miserias.— Y en el cielo, en la tierra, en cada cosa,—sentí la fiebre de una sed rabiosa;— Y una llama violenta en las entrañas—de las mujeres, al amor extrañas.— Florecían sus senos como rosas,—de sutiles esencias venenosas,— E hinchábanse en estéril primavera,—como frutos maduros sus caderas.— El deseo en sus carnes opulentas,— como una garra de pantera hambrienta, . . .»), se complacía en evocar la belleza suave y penetrante de las fiestas religiosas a que era fiel asistente y cuya pompa y solemnidad despertaran en su ánimo los primeros deslumbramientos de la belleza. Así una noche del Mes de María: la vasta nave en que se apretujaban los fieles ante el altar refulgente; las trémulas voces de los coros, el olor del incienso oscuro mezclado al de los seres humanos, las figuras unánimes de los oficiantes, y por una puerta lateral baja, entrabierta sobre el claustro, a la que asomaba un grupo extático de doncellas y como si emanara de ellas mismas, a bocanadas, el hálito denso de la cortina de una gran enredadera de jazmines, cuajada hasta el suelo de flores más que de hojas. ¿Cómo dar la emoción de aquel instante? El esperaba revelarnos la forma

adecuada, el acento preciso con qué expresar la inexpresable emoción; él lo buscaría y lo encontraría; si era necesario, lo crearía. Sí; lo crearía... Pero nunca lo hizo.

En espera de ese día, debíamos prepararnos a visitar aquellas tierras benditas de Vicuña y de La Serena. Iríamos a extasiarnos ante aquel paisaje intenso y pobre, a la vez, con sus cerros amarillos y azulencos, con la tierra negruzca que el hilo de agua borda con todos los verdes, en el valle estrecho, bajo el Sol reverberante; sestearíamos a la sombra de los chirimoyos y de los naranjos; admiraríamos en los patios coloniales las flores de tonos crudos y de aromas enervantes y a las mujeres apasionadas y fieles, más graciosas que las mismas flores... Y pasaron quince años sin que volviera a su tierra.

¿Podía desentenderse de la realidad? Siguieron dos años más de esfuerzo disciplinado y paciente; casi sin distracciones; pero no faltaba un amigo que cada tarde, a la hora de retirarse de la oficina, se asomara al patio verde y sombrío de la vieja Casa Universitaria. Durante las vacaciones, una visita de la buena madre consolaba al desterrado por breves días. Tal vez fué aquél el período más intenso del escritor. No sin vacilaciones encontró su camino. Escribió para el teatro; «La Ilustración», «Luz y Sombra» e «Instantáneas de Luz y Sombra», revistas literarias de la época, acogieron algunas de sus tentativas poéticas. Intentó la prosa con algunos ensayos que creo no alcanzaron publicidad; más aún, tuvo veleidades de crítico. En 1905 componía su primer poema de aliento, «La Lluvia» cuya lectura mereció éxito ante el público del Ateneo. Alentado por sus amigos, no debía ya abandonar la poesía.

Llegó, por fin, el título de Profesor; pero fué menester esperar, aún, el nombramiento.

La renta del novel Profesor era escasa; unida a la del em-

pleo universitario bastaba apenas para mantenerse: tenía a sus padres consigo y además había que vivir; es decir, leer. Era preciso adquirir textos; e inmediatamente de adquirirlos, rubricarlos con la firma, fecha y precio de costo. ¿Para qué esta última cifra? Nunca merecí saber la razón de tan singular contabilidad. Ni él tampoco.

Entretanto, se aproximaba el acontecimiento decisivo de la existencia del poeta. En 1906 conoció a la niña que había de ser su esposa, y desde aquel instante, toda su vida se orientó hacia ella. La intensidad del sentimiento que ella le inspirara y al que sólo la muerte pudo poner término, apagó o debilitó todos los otros. La poesía misma no murió en él, ahogada por el amor, porque identificó su culto con el de ella. En adelante, todas sus energías se gastaron en crear, primero, la situación necesaria para su matrimonio, y en robustecer y mejorar esa situación después. No le fué dado elegir: continuó en la Universidad y en el profesorado, útil y obscuro.

\*  
\* \*

Su primer libro «Por los Caminos», apareció en Septiembre de 1910 y es el fruto de una labor de cuatro años. Por desigual que parezca su lectura, ya que el autor dió cabida en esta obra, con debilidad de padre, a varios trozos de sus comienzos, el conjunto deja la impresión de un gran vigor poético. Desde la primera poesía, titulada también «Por los Caminos» advertimos que el escritor comprende y siente la vida como un dolor. Va

«Por sendas que no alegran azucenas ni nardos,—como un rey consagrado con corona de cardos». Al propio dolor se une el dolor del mundo: «Y sangrarán mis plantas una huella muy larga,—y la verán mis ojos con alegría amarga.— Y será como un río, como un río fecundo,—donde se purifique todo el dolor del mundo». La contemplación de los seres no lo distrae de su angustiada obsesión: «Mira los campos, mira la vida hecha verdor,—más dura y más intensa donde hubo más sudor.— Mira los campesinos, vuelta la espalda al cielo,—sobre la tierra en una larga actitud de duelo.... —Y al buey que lleva el peso del yugo en el testuz,—duro como el oprobio glorioso de la Cruz». Como un feliz contraste advierte la poesía de la Naturaleza: «Y los pájaros locos que desprecian el suelo,—y al tocarlo en su vuelo, le dan algo del cielo.— Mensajero del polen, creadores del trino,—alegres y ligeros como un sorbo de vino». La fuente, el río, la montaña, y los «Altos álamos, tensos como un brazo hacia el cielo,—que orando por la tierra, le dan sombra y consuelo.— Álamos, faros, cruces, amor del peregrino:—oración de la tierra y gracia del camino!».

Me he detenido en esta poesía, la última de su primer libro que el poeta escribiera, a modo de pórtico de su obra, porque en ella se expresa, más preciso que en otras, un concepto de él y del mundo. En muy contados poemas—«Divagación», «Mi Calle», «Anunciación»— se dulcifican la amargura, el cansancio, el tedio de que adolecía su ánimo. No se trata, seguramente, de una ficción poética exagerada, o bien de una actitud, sino de un estado real. Cuando escribe: «Porque es nuestro verdugo mortal el pensamiento!— ¡Porque tiene caricias de garra el sentimiento!— La vida está preñada del dolor: y por eso—nos hieren nuestras madres con su leche y su beso!», sería injusto dudar de su sinceridad. Habría que buscar en la enfermedad que ter-

minó por consumirlo y que, muy posiblemente, desde niño se incubaba en él, la causa recóndita de la exacerbación febril de una emotividad ya educada morbosamente. Bálsamo purificador del alma debió ser para él la fe. Ni el amor, que tan esquisitamente cantara, alcanza el tono patético de sus desesperados llamamientos a la misericordia divina.

«Viento de tormenta nos lleva al abismo.— Con ansias de vida vamos a morir.— Somos los verdugos de nosotros mismos.— Miranos muriendo, Torre de marfil.— Por tus alegrías y por tus dolores,—por toda la sangre que vertió Jesús,—purifica el alma de nuestros amores,—la que tú nos diste, bañada de luz!...». («Oración a la Virgen»).

«Cuándo será, Señor, cuándo tus ojos—dejarán de mirarnos con enojos!—... No arderá nunca la sagrada hoguera—que en nuestra carne haga morir la fiera!— Hasta cuándo, Señor, has de tenernos,—frente a frente mirándonos sin vernos!». («El Centro»).

Su *Yo* era creyente y en las estrofas que dicen su fe alterna el alarido suplicante del pecador arrepentido y la melodía ingenua de las oraciones que, cuando niño, su madre le enseñara a rezar, de rodillas.

Hay en «Por los Caminos» un poema «Mi alma»; lectura deleitable y de difícil comprensión. «He cerrado mi huerto con un cerco de espinos—sangrientos...». El paisaje todo es una alegoría en la que nos extraviarnos a menudo, como si marcháramos en sueños: un jardín de flores raras y venenosas bajo viejos árboles sin nidos; en el más escondido rincón, canta la fuente; «Tiene un claror de estrella —Y el olor de los lirios que se miran en ella—». Y al rumor de su curso se ve pasar en la corriente «el cadáver de Ofelia y el del príncipe loco—que se fué extrangulando el alma poco a poco...».

\*  
\* \*

A la alegría del primer hijo, sucedió el dolor de la muerte de la anciana madre, en una fría noche de Junio de 1912; tan fría que Santiago amaneció bajo un espeso manto de nieve. Aquella siniestra hora terminó de ensombrecer el ánimo del poeta; pero aún las personas que a diario lo trataban difícilmente lo hubieran advertido. Guardaba su dolorida intimidad con celoso pudor y en sus más agudas crisis espirituales o físicas podía apenas advertirse en él la melancolía de una viril resignación.

Pasaban los años al amparo del amor exclusivo de los suyos. Amigos fieles: Amanda y Guillermo Labarca, Edgardo Garrido, Rafael Maluenda, Roberto Orihuela, Arturo Labarca; en ocasiones, Valentín Brandau, Armando Donoso, Eduardo Barrios, y tantos otros menos asiduos pero no menos estimados, se reunían periódicamente en la casa de la Avenida Manuel Montt. La acogida era afable; el trato cordialísimo y siempre igual; las atenciones, finas; la conversación amena cuando no interesante. Toda omisión o intemperancia las hacía olvidar su exquisito tino. No gustaba Carlos de las discusiones; literarias o nó; pero tampoco las rehuía. Sabía sí conducir las sin acritud de juicio ni aspereza de modo; con la modestia y sobriedad propias del criterio maduro e ilustrado; siempre oportuno, nunca indiscreto.

Entusiasta de la inteligencia, la aplaudía sin reservas allí donde la viera; le atraía toda originalidad y toda pedantería le era particularmente odiosa. Aborrecía las frases hechas, las mentiras convencionales, todo cuanto sirve al hombre habilidoso para disimular el fondo a menudo oscuro de su carácter. Pronto a reconocer y rectificar los errores propios, perdonaba con alegría

los ajenos. Su trato íntimo atraía por una suave sencillez de buen gusto de que poseía el secreto. Sobrio de palabra, gustaba de bromear a propósito de todo y con todos.

Aparte de las relaciones ya mencionadas, que pudieran llamarse intelectuales, alternaba con escasas personas: dos o tres familias de toda intimidad o parentesco. Contribuía a su alejamiento, la labor, cada año más absorbente de la Universidad. Bajo el rectorado de don Domingo Amunátegui Solar, pasó Mondaca a ocupar, al fin, el puesto debido a sus merecimientos, y estará de más recordar que su elevación no alteró la modestia de su vivir. Su única vanidad—y tan justificada—fué la de ser poeta.

Lo es y grande, a mi parecer, en el segundo libro, «Recogimiento», publicado once años después de «Por los Caminos», a comienzos de 1921. En esta segunda obra el poeta confirma su personalidad. Su visión no ha cambiado; pero se ha enriquecido; su tono perdió el énfasis ingenuo, la estridencia de los días juveniles; se ha tornado suave, sutil y, por lo mismo, es más penetrante. Los motivos poéticos que lo exaltan hasta la angustia son los familiares: la madre, la esposa, los hijos y sus figuras se ven siempre asociadas, de cerca o de lejos, precisa o vagamente, con la idea de la muerte. En todos los demás temas, la emoción es serena; la expresión sugerente; diríase una melodía en sordina.

\*  
\* \*

No estuve a su lado en sus últimos años. Nos veíamos, sí, con relativa frecuencia y en algunas contadas ocasiones nos sorprend-

dió la alta noche rumiando recuerdos. Lo seguía de cerca por intermedio de amigos comunes, temeroso de una agravación súbita de su estado, que hacía temer por momentos, una caída fatal. Lo visité en el Instituto en plena crisis de su dolencia. El esfuerzo de cuarenta años había resecaado sus miembros; aflojado sus músculos, desdibujado sus rasgos. Qué total agotamiento denunciaban la frente rugosa, los ojos lejanos y amarillentos, la boca desengañada y los carrillos demacrados; y en la curvada espalda y en las manos enflaquecidas y temblorosas, qué absoluto renunciamiento del mundo se presentía.

Por última vez lo saludé en la Alameda. Venía de una audiencia ministerial en la que se le había hecho el ofrecimiento de no se qué alto cargo. Demasiado tarde. Lo único que ahora deseaba era no pensar; no pensar...

En el poema «Cuando el Señor me llame», del libro «Recogimiento», Mondaca, complaciéndose en su propio dolor, describe sus últimos instantes. Hay también dolores físicos que se atenúan con el cauterio. «Saborea la última tregua de la muerte» en una clara mañana de Abril. Los suyos le rodean. Junto con el día, se irá él, plácidamente; se irá «perdiendo en un ensueño crepuscular, del que nadie entre los vivos me podrá despertar. Me llamará la tierra con ansias maternas; y como yo he querido, sobre todos mis males, ser fiel hasta la muerte, ser obediente y bueno, me dormiré por fin, como un niño en su seno».

No fué apacible su muerte; pero a su lado, hasta el postrer momento, veló su esposa, aquella de quien se despedía: «Sola entre todas las mujeres, fuiste la única en saber la tristeza de mis placeres y el goce de mi padecer».

MAX JARA.